

*Un austriaco en Flandes.
El archiduque Leopoldo Guillermo,
gobernador general de los Países Bajos meridionales
(1647-1656)*

René Vermeir

Después de un viaje de varias semanas a los Países Bajos meridionales, en la tarde del 7 de abril de 1647, Leopoldo Guillermo de Austria vislumbró las murallas de Namur. Era la primera ciudad importante de Flandes que visitó en su viaje de Viena a Bruselas. Delante de las puertas se encontró con el marqués de Castel Rodrigo, el gobernador general interino que administraba estas provincias esperando la llegada del archiduque. El 11 de abril, juntos siguieron viaje a Bruselas. Al llegar a la capital, Leopoldo Guillermo se apresuró a dirigirse a la catedral de Santa Gúdula para rezar delante del Milagro del Santísimo Sacramento. Es probable que el archiduque buscara ayuda divina para la dura tarea que le esperaba, ya que al día siguiente iba a prestar juramento como nuevo gobernador de los Países Bajos reales ¹.

En el presente artículo me propongo estudiar unos aspectos relativos a la gobernación general de Leopoldo Guillermo en Flandes. En primer lugar examinaré los motivos por los cuales la elección para esta función recayó precisamente en él. Analizaré brevemente las consideraciones que llevaron a Felipe IV a rogar a Leopoldo Guillermo que se encargara de esta tarea, pero también las dudas que existían en los círculos gubernamentales madrileños acerca del archiduque. A continuación profundizaré en algunos aspectos del gobierno general de Leopoldo Guillermo que se extendió entre 1647 y 1656. Aunque la guerra y la paz eran sus ocupaciones y preocupaciones principales, también tuvo que vérselas con problemas de política interior. Nos detendremos específicamente en las dificultades que

¹ Castel Rodrigo a Felipe IV, 15 de abril de 1647, AGR, Bruselas, SEG, 237, fols. 306-311; Leopoldo Guillermo a Felipe IV, 15 de abril de 1647, SEG, 237, fols. 284-285.

tuvo para controlar el aparato administrativo de los Países Bajos meridionales y el conflicto con el jefe-presidente Pierre Roose. El archiduque no solo tiene fama de hombre de estado y de general, sino también de activista religioso cien por cien católico. Por eso también me detendré en su trasfondo religioso personal, su estrecho vínculo con los jesuitas y su lucha ferviente contra el jansenismo. En el último apartado de esta contribución estudiaremos la salida de Leopoldo Guillermo de los Países Bajos en 1656.

INTRODUCCIÓN

“La mayoría de los estados del principio del período moderno eran estados compuestos que comprendían más de un país bajo la soberanía de un gobernante”. Esta tesis de H. G. Koenigsberger que se cita muy a menudo se puede aplicar por excelencia al imperio de los Habsburgos españoles, ya que la Monarquía hispánica era un mosaico de tierras y países heterogéneos desparramados a lo largo y ancho del globo terráqueo. Todas estas partes del imperio, todos estos países, tenían instituciones y tradiciones administrativas propias, leyes, costumbres y privilegios distintos, pero tenían en común un elemento, a saber: la persona del soberano, al mismo tiempo señor de cada uno de estos territorios, que relacionaba unos con otros en una unión personal². Se suponía que el monarca reinara sobre sus países como si solo fuese soberano de cada país por separado, según decía el jurisconsulto del siglo XVII Juan Solórzano Pereira; es decir, que reinara en Castilla como si solo fuese rey de Castilla, en Milán como si solo fuese duque de Milán, en Flandes como si solo fuese señor de Flandes, etc³.

Carlos V, viajero incansable, intentó a todo lo largo de su reinado visitar personalmente sus estados, a fin de colmar así en la medida de lo posible la distancia

² Acerca de las nociones *monarquía plural*, *composite monarchy* y *composite state*, véase H. G. KOENIGSBERGER: “Dominium Regale or Dominium Politicum et Regale. Monarchies and Parliaments in Early Modern Europe”, en H. G. KOENIGSBERGER (ed.): *Politicians and Virtuosi. Essays in Early Modern History*, Londres 1986, p. 12; J. H. ELLIOTT: “A Europe of composite states”, *Past and Present* 137 (1992), p. 59.

³ J. H. ELLIOTT: “A Europe of composite states”, *op. cit.*, pp. 52-53; C. RUSSELL: “Gran Bretaña a comienzos del siglo XVII: monarquía compuesta y reino múltiple”, en C. RUSSELL y J. ANDRÉS-GALLEGO (eds.): *Las Monarquías del Antiguo Régimen, ¿monarquías compuestas?*, Madrid 1996, p. 32.

entre su persona y sus súbditos, consecuencia problemática pero inevitable de la extensión territorial. Intentó dar visibilidad a su ejercicio del poder en muchas de sus posesiones, a fin de mantener viva para sus súbditos la ilusión de una presencia soberana regular. A partir de la segunda mitad del siglo XVI, cuando Felipe II designó Madrid como capital, el imperio se administraría a partir de un solo centro, Castilla. En pocos años, la herencia de Carlos V se transformaría en un imperio jerarquizado, que consistía de un centro –según la terminología de Rao y Supphellen *the ruling country*– y en varias zonas periféricas o *dependent territories*⁴. A partir de entonces, el soberano residió de forma casi permanente en Castilla. Asistidos por diversas instituciones administrativas del más alto nivel, con sede en Madrid, Felipe II y sus sucesores gobernaban su imperio mundial a partir de este *core state*.

La extensión territorial del imperio generaba problemas específicos en lo que se refiere al ejercicio del poder directo por parte del monarca, a la legitimidad dinástica y a la cohesión política. La técnica de la que se servía Carlos V para solucionar lo mejor posible estos problemas, aparte de los constantes viajes, consistía en gobernar por medio de representantes apoderados del soberano, en su mayoría miembros de la dinastía o nobles principales. En la mayoría de sus territorios Carlos V nombró, pues, un representante personal en el que delegaba la mayor parte de sus prerrogativas reales. En los Países Bajos, estos representantes se llamaban gobernadores generales⁵, en otras partes recibían el título de virrey. En el curso del siglo XVI, el reinar mediante sustitutos apoderados se generalizó en todo el imperio; al final del siglo, la Monarquía española contaba no menos de trece principados gobernados por un representante del rey⁶.

⁴ El *dependent territory*, territorio políticamente dependiente, es definido por A. M. Rao y S. Supphellen como un territorio sobre el que “basic decisions are taken elsewhere”, es decir en el *ruling country* del estado compuesto. Véase A. M. RAO y S. SUPPHELLEN: “Power Elites and Dependent Territories”, en W. REINHARD (ed.): *Power Elites and State Building*, Oxford-Nueva York 1996, pp. 79-80.

⁵ H. DE SCHEPPER y R. VERMEIR: “Gouverneur-Général, 1522-1598, 1621-1789, 1790-1794”, en E. AERTS *et alii* (eds.): *Les institutions du gouvernement central des Pays-Bas habsbourgeois, 1482-1795*, Bruselas 1995, I, pp. 187-208.

⁶ Para una visión sintética de las publicaciones más importantes sobre los sustitutos del monarca, véase C. J. HERNANDO SÁNCHEZ: “«Estar en nuestro lugar, representando nuestra propia persona». El gobierno virreinal en Italia y la Corona de Aragón bajo Felipe II”, en E. BELENGUER CEBRIÀ (ed.): *Felipe II y el Mediterráneo*, III: *La monarquía y los reinos*, Madrid

El hecho de que el rey estuviera ausente de la mayor parte de su imperio y reinase desde la distancia constituía un problema considerable en una época y en una ordenación del estado en la que la figura del monarca era dominante, ya que se le suponía omnipresente para gobernar, hacer justicia y defender el país. Al contrario, para los súbditos era evidente que su señor natural en el que se concentraban numerosas líneas de poder y de autoridad, residiera entre ellos⁷. Su larga ausencia estructural creaba un vacío difícil de rellenar. Luego, la manera en la que estos sustitutos reales, los gobernadores generales y los virreyes, cumplían su tarea en los diversos reinos, era de importancia vital. Sobre todo en las partes del imperio en las que el riesgo de tensiones políticas interiores y de contestación de la autoridad del monarca no era imaginario, o en los territorios amenazados por enemigos exteriores, la elección de los apoderados reales y la manera en que ejercían las prerrogativas reales *in situ* eran cruciales. En los Países Bajos de mediados del siglo XVII se presentaban ambos fenómenos: teniendo en cuenta el poder y las pretensiones tradicionales de las élites, era un territorio donde existía un peligro potencial permanente de inestabilidad política, y era la región que hacía de campo de batalla tanto para la guerra de los Ochenta Años como para la guerra franco-española. Este es el contexto en el cual tenemos que comprender e interpretar la opción de Felipe IV por tal o cual persona como gobernador general de los Países Bajos meridionales.

UNA ELECCIÓN CON RESERVAS

Al repasar la lista de los gobernadores generales de los Países Bajos en los siglos XVI y XVII se puede comprobar que, en la mayoría de los casos, el monarca solía nombrar a un príncipe de la sangre, un miembro de la familia real. Así figuran en el puesto la tía del emperador Carlos, Margarita de Austria (1517-1519 y 1522-1530), su hermana María de Hungría (1531-1555), su hija extramatrimonial Margarita de Parma (1559-1567) y el hijo de ésta, Alejandro

1999, pp. 215-338; R. PÉREZ BUSTAMANTE: *El gobierno del imperio español. Los Austrias (1517-1700)*, Madrid 2000; R. VERMEIR: *En estado de guerra. Felipe IV y Flandes, 1629-1648*, Córdoba 2006.

⁷ M. Á. PÉREZ SAMPER: “El Rey ausente”, en P. FERNÁNDEZ ALBADALEJO (ed.): *Monarquía, imperio y pueblos en la España Moderna*, Alicante 1997, pp. 381-389.

Farnesio (1578-1592). También se apeló en varias ocasiones a la rama austriaca, piénsese por ejemplo en el archiduque Ernesto de Austria (1594-1595) o en el archiduque Alberto que había sido gobernador durante un par de años antes de que se convirtiera en soberano de los Países Bajos junto con Isabel Clara Eugenia (1595-1598).

El hecho de que fuesen gobernadores los príncipes de la sangre era un factor importante en el entendimiento entre el soberano y sus súbditos flamencos, apegados a sus prerrogativas y privilegios ancestrales, garantizados por el soberano. Esto implicaba que el soberano tenía que estar presente entre sus súbditos para protegerlos y para defender sus derechos en caso de necesidad. Además consideraban que, ya que el patriarca de la dinastía, Carlos, nació y se crió en su territorio, había que considerar a los Países Bajos como la tierra de origen de la dinastía. Por ello, las elites de los Países Bajos meridionales esperaban del soberano respeto y un tratamiento de favor. La presencia corporal del monarca en los Países Bajos o, de ser imposible, la designación de un miembro de la familia real como gobernador, se consideraba como una de las pruebas necesarias de este respeto que deseaban, como un compromiso expreso del rey con el bienestar de los Países Bajos. Con menos de un príncipe de la sangre no se contentaban⁸. Es evidente que esto ofrecía también ventajas (políticas) al rey: a través de los gobernadores de la sangre era como si él mismo estuviese presente en el territorio, lo que favorecía la estabilidad política del país.

El emperador Carlos lo había entendido muy bien y por esto, en su testamento político de 1548, incitaba a su sucesor a que respetara esta costumbre⁹. Los acontecimientos tumultuosos que agitaron los Países Bajos en la segunda mitad del siglo XVI hicieron que esta tradición se interrumpiese temporalmente. El duque de Alba no era miembro de la familia dinástica, lo que dio lugar a sonoras protestas por parte de las provincias que seguían siendo fieles a Felipe II¹⁰. Un elemento de los intentos de reconciliación por parte de Felipe II era, pues, la promesa, explicitada en el artículo 15 de la Unión de Arras, que de entonces en adelante él y sus sucesores solo encargarían la gobernación de los Países Bajos a

⁸ H. DE SCHEPPER y R. VERMEIR: "Gouverneur-Général...", *op. cit.*, p. 189.

⁹ G. JANSSENS: *Brabant in het verweer. Loyale oppositie tegen Spanje's bewind in de Nederlanden van Alba tot Farnese, 1567-1578*, Courtrai-Heule 1989, p. 385.

¹⁰ G. JANSSENS: *Brabant in het verweer...*, *op. cit.*, p. 275 y pp. 307-311.

príncipes o princesas de la sangre ¹¹. Así fue, y después de la época de los archiduques la costumbre se mantendría. Después del fallecimiento del archiduque Alberto, Isabel perdió el estatus de soberana, pero a continuación fue nombrada gobernadora vitalicia.

Después de la muerte de Isabel en 1633 le sucedió en la gobernación el cardenal-infante don Fernando, el hermano del rey Felipe IV. Con el nombramiento del joven don Fernando, el porvenir parecía asegurado para mucho tiempo. Era un miembro eminente y carismático de la dinastía, capaz de estimular en los Países Bajos meridionales el afán de lucha contra la República y contra Francia y además era la encarnación de la preocupación del rey por la suerte de sus súbditos flamencos. ¿Qué mayor prueba de interés y compromiso con los Países Bajos podía dar el rey que el enviar a su propio hermano? La muerte inesperada de don Fernando en 1641 desbarató los planes de Madrid. Felipe IV perdió una baza importante en Flandes, en un momento en que la fortuna de la guerra estaba por abandonar definitivamente a España. En los años anteriores, tanto la República como Francia habían ganado terreno a costa de los Países Bajos españoles, y con la rebelión de los catalanes y de los portugueses en 1640, Felipe IV tenía que enfrentarse además a enemigos dentro de la Península.

No era evidente encontrarle al cardenal-infante un sucesor que dispusiera de todas las cualidades necesarias. Como acabamos de exponer, tenía que ser un miembro masculino de la dinastía, de preferencia con alguna experiencia militar. Entre los Austrias españoles no había nadie que satisficiera estas condiciones. Las miradas se dirigieron, pues, a Viena. En la rama austriaca sí que había un posible candidato: el archiduque Leopoldo Guillermo, el hermano del emperador Fernando III, nacido en 1614. El Consejo de Estado de Madrid no veía mal esta idea y se rogó al emperador que mandara cuanto antes a Leopoldo Guillermo a los Países Bajos ¹². Al mismo tiempo se pidió permiso a Fernando III para colocar al lado de Leopoldo Guillermo al famoso general imperial Piccolomini como gobernador de armas, con las tropas imperiales correspondientes. La preferencia de Madrid por el archiduque estaba inspirada también por la consideración siguiente: una vez que el hermano del mismo emperador estuviera

¹¹ Véase L. VAN DER ESSEN: *Alexandre Farnèse, prince de Parme, gouverneur-général des Pays-Bas (1545-1592)*, Bruselas 1933-1937, II, pp. 208-213; P.-Fr. DE NENY: *Mémoires historiques et politiques sur les Pays-Bas autrichiens*, Bruselas 1993, ed. de Cl. Sorgeloos, p. 54.

¹² Consulta del Consejo de Estado, 3 de diciembre de 1641 (AGS, Estado, 2056, s.f.).

comprometido en la beligerancia en los Países Bajos, se podía esperar que aumentaría el interés de Fernando III por la angustiosa situación del ejército español allí ¹³. El apoyo del emperador al ejército de Flandes significaría al mismo tiempo un apoyo a Leopoldo Guillermo, lo que redundaría en una mayor fuerza militar y por ende en una reputación enaltecida para este.

Pero para Madrid, el nombramiento de Leopoldo Guillermo como gobernador general también conllevaba riesgos políticos. A pesar de ser un miembro eminente de la casa de Austria, no era español, y esto, según los axiomas madrileños, representaba un problema mayor, porque no se sabía hasta qué punto el Consejo de Estado lo podría controlar. Tradicionalmente, el rey y las instancias gubernamentales madrileñas no tendían a delegar el poder, y no tolerarían bajo ningún concepto que en los *subcourts* ¹⁴ —las capitales regionales de partes del imperio como Bruselas, Nápoles, Milán o Lima— surgiesen centros de poder que operaran de modo autónomo. Y menos en Bruselas, donde se coordinaban las operaciones de la guerra en el noroeste de Europa. En el nivel meramente político también era un territorio importante, porque desde Flandes se podía seguir de cerca la elección imperial y hasta se podía influir en ella. Los Países Bajos integraban el Círculo borgoñón, por lo cual estaban implicados, así como su soberano, en los asuntos internos del Sacro Imperio Romano. El que controlara los Países Bajos meridionales disponía de una serie de opciones fundamentales para la política exterior de España y por consiguiente para su supervivencia como gran potencia. “El ser dueño de Flandes” era de primerísima importancia, de modo que el rey tenía mucho cuidado en elegir al gobernador del territorio ¹⁵.

¹³ Después de que se retomara la guerra contra la República en 1621, Madrid no había hecho más que instar a Viena a que pusiese a disposición una ayuda militar. En la mayoría de los casos y por motivos diversos, el emperador se había negado. Véase R. LESAFFER: *Defensor Pacis Hispanicae. De Kardinaal-Infant, de Zuidelijke Nederlanden en de Europese politiek van Spanje: van Nördlingen tot Breda (1634-1637)*, Courtrai-Heule 1994, *passim*; R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, *passim*.

¹⁴ El término “subcourt” se toma de R. G. ASCH: “Introduction: Court and Household from the Fifteenth to the Seventeenth Centuries”, en R. G. ASCH y A. M. BIRKE (eds.): *Princes, Patronage and the Nobility. The Court at the Beginning of the Modern Age, ca. 1450-1650*, Oxford 1991, p. 25.

¹⁵ A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “El «gobierno de príncipes» en los Países Bajos católicos. La sucesión del cardenal-infante al frente de las *provincias obedientes* (1641-1644)”, en *Annali di Storia Moderna e Contemporanea. Istituto di Storia Moderna e Contemporanea, Università Cattolica del Sacro Cuore VII* (2001), p. 184.

Don Miguel de Salamanca y Virgilio Malvezzi –dos confidentes del conde-duque de Olivares que residían en Bruselas– no veían con buenos ojos al archiduque como gobernador, justamente porque era un miembro tan prominente de la rama austriaca de los Habsburgo. Las observaciones que apuntaron en una carta a Olivares son significativas de la desconfianza que reinaba en Madrid hacia los primos de Viena. Se sospechaba que los miembros vieneses de la familia aún no habían aceptado que a mitad del siglo XVI Carlos V hubiera atribuido la herencia flamenca a Felipe II y que seguían esperando una incorporación de los Países Bajos en el *Hausmacht* de Austria. El hecho de que, en 1598, Felipe II hubiera dado el territorio a su hija Isabel y su esposo austriaco, el archiduque Alberto, fue designado por don Miguel de Salamanca y Virgilio Malvezzi como “una acion entre las menos azertadas de aquel prudente rey”¹⁶. Con Leopoldo Guillermo como gobernador de los Países Bajos, Viena aún se acercaba algo más a estas provincias, y en el caso de que el archiduque tuviera éxito en la guerra contra Francia, aumentaría su popularidad en Flandes y haría surgir entre los súbditos la convicción de que sus intereses serían mejor servidos por los vieneses. Además, tal vez la República también aplaudiría el traspaso de los Países Bajos meridionales a las posesiones patrimoniales del emperador. En otras palabras: la posibilidad de que Flandes se perdiese para España con Leopoldo Guillermo no era imaginaria¹⁷. Además, Leopoldo Guillermo tenía la reputación de ser un hombre que no gustaba de recibir órdenes. El plenipotenciario español en Münster, Peñaranda, describía al archiduque como un hombre “harto amigo de obrar por sí”¹⁸.

Había otro personaje tampoco muy entusiasmado ante la idea de acoger a Leopoldo Guillermo en los Países Bajos, a saber, don Francisco de Melo, el gobernador general interino tras el fallecimiento del cardenal-infante. Era un hombre ambicioso que no se contentaba con la interinidad y que no dejaba de hacer comentarios despreciativos tanto sobre Leopoldo Guillermo como sobre Piccolomini, tal vez con la ilusión de despertar dudas en Madrid y de retrasar el nombramiento de un príncipe de la sangre¹⁹. Sin embargo, Madrid mantuvo la

¹⁶ A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “El «gobierno de príncipes» en los Países Bajos católicos...”, *op. cit.*, p. 184.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ Peñaranda a Felipe IV, 10 de mayo de 1645 (*CODOIN* 82, pp. 65-66).

¹⁹ Véanse por ejemplo las discusiones en el Consejo de Estado del 21 de febrero de 1642 (AGS, Estado, 3860, s.f.).

intención de instalar al archiduque en Bruselas. Se sopesaron los pros y los contras y, al lado de las necesidades militares, el argumento decisivo fue la consideración de que la autoridad natural de un príncipe de la sangre era indispensable para disciplinar a las élites flamencas tradicionalmente tumultuosas, sobre todo la alta nobleza. Solo la presencia física de un miembro eminente de la dinastía podía forzarlas al respeto y la obediencia. El hecho de que viniera un príncipe de la sangre –y no un noble español o un diplomático cualquiera– significaba que tendría también una corte en Bruselas, lo cual no dejaba de interesar a la nobleza local, ya que tendría la oportunidad de conseguir todo tipo de funciones cortesanas honoríficas y lucrativas ²⁰. Hacia mediados de 1642 en Madrid se había llegado a la decisión de que Leopoldo Guillermo era el candidato más oportuno para la gobernación general. El problema de la eventual independencia o voluntariedad de Leopoldo Guillermo se resolvería rodeándole de confidentes españoles que vigilarían estrechamente al archiduque e impedirían que se desviara del rumbo impuesto.

En la primavera de 1642 se iniciaron las negociaciones entre Viena y Madrid acerca de las condiciones dentro de las cuales Leopoldo Guillermo desempeñaría su cargo. Pero las cosas no irían como la seda ni mucho menos. A consecuencia de la derrota que sufrió en noviembre de aquel año como comandante en jefe del ejército imperial contra Suecia –la famosa segunda batalla de Breitenfeld–, Leopoldo Guillermo se desentendió por un tiempo de la vida pública. De momento, el gobierno general de los Países Bajos tampoco le hacía ilusión. Solo en 1645 se retomaron las negociaciones. De inmediato versaron sobre temas muy concretos, entre otros los poderes muy amplios y la libertad de movimientos de los que gozaría como gobernador general ²¹. El 7 de marzo de 1645 Felipe IV firmó el nombramiento de gobernador general de Leopoldo Guillermo ²². Pero la situación militar del Imperio volvería a dificultar las cosas. Los suecos tomaron Bohemia por sorpresa y hasta amenazaron Viena durante un tiempo, mientras el ejército de Francia ocupó gran parte de Baviera. Una vez más, el archiduque fue designado comandante en jefe del ejército imperial y lo seguiría siendo hasta el

²⁰ Consultas del Consejo de Estado de 31 de mayo y 21 de junio de 1642 (AGS, Estado, 2057, s.f.).

²¹ A. WADDINGTON: *La République des Provinces-Unies, la France et les Pays-Bas espagnols de 1630 à 1650*, París 1895, II, pp. 399-402.

²² AHN, Estado, libro 978, s.f.

otoño de 1646, aunque con poco éxito y para el mayor descontento del archiduque Maximiliano de Baviera²³. Para aquel entonces empezaron las negociaciones de paz en Westfalia, la actividad militar del Imperio disminuyó y Leopoldo Guillermo volvió a estar disponible. Luego los diplomáticos de Felipe IV repitieron la oferta del gobierno general²⁴ y esta vez Leopoldo Guillermo dio su acuerdo. En la primavera de 1647 emprendió el camino hacia los Países Bajos. El 11 de abril de 1647 llegó a Bruselas y asumió su nueva función²⁵. Seguiría siendo gobernador general durante nueve años

GUERRA Y PAZ

Leopoldo Guillermo llegó a los Países Bajos meridionales *in media res*, para así decirlo. Es cierto que la guerra con la República estaba a punto de acabar —el 30 de enero de 1648 se firmaría la paz de Münster— pero la guerra franco-española, que había empezado en 1635, era más encarnizada que nunca y se libró más que nada en el territorio flamenco. La guerra y la conclusión de alianzas con nobles franceses rebeldes se convertirían en las ocupaciones principales de Leopoldo Guillermo.

Durante la campaña de 1646, Francia había ganado bastante terreno a costa de los Países Bajos meridionales. Bergues, Mardyck, Dunquerque, Furnes y Courtrai fueron ocupados por las tropas francesas²⁶. El superintendente de la justicia militar, don Miguel de Luna y Arellano, apuntó, indignado, en una carta a Felipe IV que “ganaba el frances las plaças casi marchando sin sitio ni resistencia”²⁷. Los comandantes de las guarniciones españolas no disponían casi

²³ R. SCHREIBER: *Erzherzog Leopold Wilhelm – Bischof und Feldherr, Statthalter und Kunstsammler*, tesis doctoral inédita, Universidad de Viena, Viena 2001, pp. 193 y ss.

²⁴ Felipe IV a don Miguel de Salamanca, 14 de septiembre de 1646 (AHN, Estado, libro 961, fols. 501-510); Felipe IV a Castel Rodrigo, 14 de septiembre de 1646 (AGR, Bruselas, SEG, 236, fols. 303-305).

²⁵ Castel Rodrigo a Felipe IV, 15 de abril de 1647 (AGR, Bruselas, SEG, 237, fols. 306-311).

²⁶ N. MADDENS *et alii*: *De geschiedenis van Kortrijk*, Tielt 1990, pp. 169-170.

²⁷ Don Miguel de Luna y Arellano a Felipe IV, 7 de agosto de 1647 (AGS, Estado, 2067, s.f.).

de municiones ni de víveres y no tenían ninguna voluntad de luchar hasta la muerte. El archiduque se enfrentaba con la tarea nada fácil de volver a motivar el muy baqueteado ejército español. Tardaría en conseguirlo: en 1647 las armas hispanas supieron reconquistar Dixmude, Armentières y Lens a los franceses, pero al año siguiente esta última fortaleza volvió a perderse y también hubo que abandonar Ypres al ejército francés dirigido por el príncipe de Condé, mientras que Courtrai volvió bajo control español. Pero después la suerte de la guerra pareció cambiar definitivamente, no solo gracias al final definitivo de la guerra con la República, sino sobre todo gracias a los problemas internos de Francia: la Fronda.

En 1642-1643, Richelieu y Luis XIII habían desaparecido de la escena política en un breve intervalo de tiempo y por eso Mazarino, el sucesor de Richelieu como primer ministro de Francia, tomó las riendas del poder junto con la regenta Ana de Austria, la madre del rey. Mazarino quería continuar la política de riguroso centralismo de Richelieu, pero tuvo que enfrentarse a una resistencia seria tanto por parte de los parlamentos franceses como por la de la más alta nobleza que en 1648 conduciría a la Fronda (1648-1653). La Fronda conoció dos fases: en primer lugar la *Fronde parlementaire*, en la que los miembros de los parlamentos y de otras instituciones administrativas principales reaccionaron contra las cargas fiscales que se les habían impuesto en los años anteriores y contra la limitación de sus competencias. Poco tiempo después siguió la *Fronde des princes*, la rebelión de algunos de los nobles principales de Francia contra Mazarino y su política. La rivalidad dentro del campo francés se hizo sentir inmediatamente en el campo de batalla; en el verano de 1649 Leopoldo Guillermo consiguió reconquistar Ypres, entre otras.

Esperando poder aprovechar al máximo la desunión, Leopoldo Guillermo intentó de todos los modos posibles introducir a los franceses rebeldes en el campo español, para luego atacar Francia con su ayuda política y militar. No era una táctica nueva. Desde que estalló la guerra en 1635, Madrid intentó continuamente atraer a nobles franceses descontentos —entre ellos incluso al hermano de Luis XIII, Gaston d'Orléans— pero cada vez resultó más claro que no eran sino fanfarrones caros y poco menos que inútiles²⁸. Pero en el momento que se producía la Fronda, el campo español tenía motivos para pensar que podrían dar resultado, cuando en enero de 1650 fueron arrestados por orden de Mazarino el

²⁸ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, *passim*.

príncipe de Condé, su hermano el príncipe de Conti y su cuñado el duque de Longueville. Este hecho causó un malestar particularmente profundo en los círculos de la alta nobleza francesa y una oposición creciente contra Mazarino. La primera figura de pro que cambió de bando fue el mariscal Turenne, el militar que había dirigido con maestría los ejércitos franceses durante la guerra de los Treinta Años. Después de meses de negociaciones, Leopoldo Guillermo supo convencerle de que firmara un acuerdo con España²⁹. En 1650 el mariscal emprendió batalla contra Francia con el ejército español, pero la grave derrota de Rethel, al norte de Reims, hizo que volviera al campo francés³⁰.

Un tránsito algo más constante resultó ser el príncipe de Condé, “le Grand Condé”³¹. Después de su liberación y de la huida de Mazarino a principios de 1651, el príncipe, decidido a realizar sus ambiciones políticas en Francia por todos los medios, se puso del lado de Leopoldo Guillermo. España le prometió dinero, tropas y toda la ayuda necesaria para hundir a Mazarino. La confusión en el campo francés permitió que en 1652 el ejército de Flandes penetrara profundamente en Francia. La campaña de aquel año produjo unos éxitos redondos para España: Dunquerque, Mardyck y Gravelinas volvieron bajo control español, y como el año anterior ya se habían recuperado Bergues y Furnes, Leopoldo Guillermo pudo llamarse con razón ‘libertador de Flandes’. Gante, la capital del condado, homenajeó al archiduque por las victorias conseguidas sobre los franceses durante los primeros años de su gobierno general y le ofreció el grabado “Flandria liberata” impreso en satén blanco. Se trata de un grabado al buril de dimensiones excepcionales, diseñado por Erasmo II Quellin y grabado por Schelte à Bolswert³².

Pero en el momento en que el magistrado de Gante ofreció al archiduque el grabado, encargado en 1652, durante una ceremonia que tuvo lugar en el palacio

²⁹ A. WADDINGTON: *La République des Provinces-Unies...*, op. cit., II, pp. 411-417.

³⁰ J. BÉRENGER: *Turenne*, París 1987, pp. 285-306.

³¹ Véase K. BÉGUIN: *Les princes de Condé. Rebelles, courtisans et mécènes dans la France du Grand Siècle*, Seyssel 1999, *passim*.

³² F. AUMANN: “«Flandria liberata». Een merkwaardige kunstprent in 1653 door de stad Gent opgedragen aan gouverneur generaal Leopold Willem van Oostenrijk”, en J. MERTENS (ed.): *Miscellanea Baliviae de Juncis II. Verzamelde opstellen over Alden Biesen, Bernissem, Leopold Willem van Oostenrijk (+1662), Clemens August van Beieren (+1761) en de landcommandeurs Schönborn (+1743) en Belderbusch (+1784)*, Bilzen 2000, pp. 265-310.

de Bruselas en enero de 1654, la suerte de la guerra había cambiado una vez más. En Francia había terminado la Fronda y se había restablecido la unidad, lo cual se tradujo inmediatamente en una ofensiva renovada en todas las frentes en territorio catalán y flamenco. Según Leopoldo Guillermo, el ejército mal pagado y debilitado que tenía a su disposición probablemente no sería capaz de hacer frente al enemigo ³³. El temor del gobernador general resultó fundado. Condé sufrió una derrota aplastante cerca de Arras, Turenne empezó un avance continuo a través de Artois, Flandes y Henao. Se temió incluso por la seguridad de Bruselas. Leopoldo Guillermo no quiso asumir más humillaciones militares. La campaña de 1655 sería la última de su gobierno general.

Teniendo en cuenta las circunstancias puede parecer extraño que Leopoldo Guillermo –luego España– acumulara los fracasos militares en el período 1647-1656. La guerra de Flandes se había terminado en 1647 y casi al mismo tiempo Francia se veía en medio de una tormenta política. Para Felipe IV y su alto mando militar, se presentaba la coyuntura ideal para dar un golpe definitivo a su enemigo jurado. España no lo consiguió; en palabras de G. Parker, España “no aprovechó aquella oportunidad de oro” ³⁴. ¿Cuál fue el motivo?

En primer lugar cabe subrayar que a partir de 1640 España tuvo que luchar contra una serie de enemigos: contra la República y contra Francia, pero también en casa propia, desde 1640 contra los rebeldes catalanes y portugueses, y a partir de 1647 además contra grupos revoltosos en Nápoles y Sicilia. España tuvo que afrontar, pues, más conflictos de los que podía soportar. Tanto el tesoro como la resistencia de la población en diferentes partes del Imperio español estaban llegando a los límites de su aguante debido a la pesada carga que les imponían estas guerras de larga duración. A partir de 1640 los responsables españoles de los Países Bajos meridionales empezaban a sentir claramente que Felipe IV no tenía más remedio que distribuir los presupuestos disponibles entre las diferentes zonas de conflicto. Esto se traducía en un descenso de los envíos de dinero que Madrid destinaba a los Países Bajos ³⁵, que tenía consecuencias inmediatas en las

³³ Leopoldo Guillermo a Felipe IV, 17 de abril de 1654 (AGR, Bruselas, SEG, 257, fol. 130).

³⁴ G. PARKER: *The Army of Flanders and the Spanish Road (1567-1659)*, Cambridge 1972, p. 262.

³⁵ Véanse las cifras en G. PARKER: *The Army of Flanders...*, *op. cit.*, p. 295 y R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, p. 351. Resulta impresionante el número de cartas mandadas por Leopoldo Guillermo a Felipe IV para quejarse de la falta de medios económicos a

prestaciones del ejército de Flandes. El hecho de que el Emperador no acabara de enviar la ayuda tan esperada y considerada crucial por la corte de Madrid era un desengaño más. Lo que resultó fatal a España fue la demasía de enemigos, situación calificada gráficamente por P. Kennedy como “strategic overstretch”³⁶.

Aunque nunca lo expresaran con tantas palabras, los responsables políticos madrileños siempre tuvieron conciencia de que la fuerza militar española —completada o no por la austriaca— no bastaría por sí sola a confundir a los franceses. Necesitaban aliados políticos. Por consiguiente, todos los enemigos de Richelieu y Mazarino eran los amigos de España y más aún si se trataba de altos nobles franceses o soberanos de pequeños estados que se sentían amenazados por Francia. España los incorporaba en la guerra contra Francia esperando desestabilizar al mismo tiempo el régimen francés en el nivel político. Tal fue el caso de Turenne, Condé y otros descontentos, así como el del duque Carlos IV de Lorena. Pero una y otra vez su inserción en el conflicto resultó tener consecuencias catastróficas, no para Francia, sino para los Países Bajos meridionales. Ya hemos llamado la atención sobre la inconstancia de ciertos tráfugas. El que un día dieran su palabra al rey de España no impedía que al siguiente volvieran a pasar al campo francés. Además no conseguían controlar las tropas que mandaban: sobre todo el pequeño ejército mandado por el duque de Lorena gozaba de una malísima reputación a este respecto. Sus bandas de saqueadores causaban más molestias a la población de los Países Bajos meridionales que los ejércitos de la República o de Francia. En 1654, los destrozos causados por los hombres del duque Carlos IV de Lorena y su absoluta falta de fiabilidad llevarían a Leopoldo Guillermo a arrestarlo y a mandarlo preso al Alcázar de Toledo³⁷.

Además, la multitud de generales celosos de su prestigio causaba gran confusión en la cumbre del ejército. Las disensiones en el seno del mando supremo,

consecuencia de las provisiones demasiado limitadas que venían de España. Para un resumen, véase V. VAN GOOLEN: *Leopold-Willem, gouverneur-generaal van de Spaanse Nederlanden (1647-1656)*, tesina inédita de la Universidad Católica de Lovaina, Lovaina 1982, pp. 31-53. Cuando Leopoldo Guillermo comprobó que Madrid estaba en la imposibilidad estructural de proveer dinero suficiente, terminó por dimitir (cf. *infra*).

³⁶ P. KENNEDY: *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York 1987, p. 48.

³⁷ R. VERMEIR: “Charles IV de Lorraine et l’Espagne, 1634-1659”, en *Hémecht. Revue d’histoire luxembourgeoise* (en prensa).

las discusiones entre el capitán general, el gobernador de armas, el general de artillería, el general de caballería, diferentes maestros de campo etc., eran proverbiales en el ejército de Flandes, sobre todo después de 1628, con posterioridad a la partida de Spínola, y llegaban a dificultar bastante, e incluso a imposibilitar una actuación eficaz de las fuerzas militares españoles³⁸. Pero la presencia de figuras como Condé y el duque de Lorena agravaron la situación. Exigían ser considerados el primero como príncipe de la sangre, el otro como soberano y por consiguiente en los Países Bajos no podían ser subordinados a nadie, ni siquiera al gobernador general. El forcejeo con el duque de Lorena desembocó en su eliminación, pero Condé era un peso pesado político y Madrid ni quería ni podía privarse de él. Leopoldo Guillermo tenía conflictos con él de forma continua. En cuanto a etiqueta y protocolo, el príncipe exigía el mismo trato que el gobernador general, lo que resultaba difícil de aceptar para Leopoldo Guillermo, al menos tan orgulloso como Condé³⁹. El archiduque le reprochó que solo buscara realizar sus propios objetivos (franceses)⁴⁰ y lo llamaba altanero y autoritario⁴¹. A finales de 1654 la situación había llegado a un extremo tal que Leopoldo Guillermo pidió al rey que dejara claro de una vez para siempre que en los Países Bajos meridionales solo había un gobernador, a saber, él mismo y no Condé⁴².

La situación militar sin salida llevó a que Leopoldo Guillermo, después de unos años de gobierno general en los Países Bajos, abogaría por la conclusión de una paz general con Francia, incluso si implicase grandes concesiones por parte de España. Era su convicción expresa a partir de la primavera de 1650; como resultaba que Madrid era incapaz de proveer los medios económicos suficientes para la guerra, solo quedaba una alternativa, firmar la paz. En aquel momento la coyuntura política internacional era favorable porque Francia estaba

³⁸ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, *passim*.

³⁹ H. LONCHAY: *La rivalité de la France et de l'Espagne aux Pays-Bas (1635-1700). Étude d'histoire diplomatique et militaire*, Bruselas 1896, pp. 163-164.

⁴⁰ Leopoldo Guillermo a Felipe IV, 1 de agosto de 1653 (AGR, Bruselas, SEG, 255, fol. 190).

⁴¹ Leopoldo Guillermo a Felipe IV, 4 de octubre de 1653 (AGR, Bruselas, SEG, 256, fol. 147); consulta del Consejo de Estado, 18 de febrero de 1654 (AGS, Estado, 2083, s.f.).

⁴² Leopoldo Guillermo a Felipe IV, 19 de diciembre de 1654 (AGR, Bruselas, SEG, 257, fol. 350).

internamente dividida. Felipe IV tenía que aprovechar esta ocasión única. Diferir la paz y continuar la guerra al modo de siempre llevaría sin duda alguna a la ruina de la Monarquía en general y a la de los Países Bajos en particular ⁴³.

Así Leopoldo Guillermo se mostró como gobernador general en ejercicio tan realista como sus predecesores. Tarde o temprano, tanto Isabel como Aytona, el cardenal-infante, Melo o Castel Rodrigo habían abogado por la paz. Incluso si algunos, como el cardenal-infante o Melo, habían empezado su gobierno general convencidos de que pronto los enemigos serían sometidos, después de unos años de lucha, con problemas económicos infinitos y mucho más territorio perdido que ganado en el campo de batalla, uno tras otro defendieron la conclusión de la paz, incluso en condiciones desfavorables, luego deshonrosas para España, a fin de prevenir cosas peores. Teniendo en cuenta la realidad sobre el terreno, todos los gobernadores generales responsables de los Países Bajos meridionales entre 1621 y 1648 sin excepción llegaron a la conclusión de que no tenía sentido continuar la lucha, puesto que España carecía de los medios para forzar una victoria.

Así también Leopoldo Guillermo, y en este punto al menos, estaba de acuerdo con su declarado oponente el conde de Peñaranda, ex negociador español en Münster ⁴⁴. Hubo efectivamente conversaciones exploratorias de paz pero siguieron el patrón acostumbrado: después de la firma oficial de la paz de Münster y del estallido de la Fronda, el gobierno de Madrid pensaba estar en posición de fuerza y tenía exigencias fuertes, como la supresión concreta del apoyo francés a Portugal, la devolución por Francia a España de algunas fortalezas italianas, la retirada total de Francia de Cataluña y la satisfacción completa al duque de Lorena. Solo se podía negociar sobre la situación en la frontera sur de los Países Bajos meridionales después de que quedaran satisfechas todas estas condiciones ⁴⁵. Era la posición madrileña de siempre: en cuanto el gobierno supusiera que había una mínima probabilidad de éxito militar, se negaba a negociar en serio y prefería continuar la guerra ⁴⁶.

⁴³ Leopoldo Guillermo a Felipe IV, 1 de mayo de 1650 (AGR, Bruselas, SEG, 247, fol. 3).

⁴⁴ Consulta del Consejo de Estado, 6 de diciembre de 1648 (AGS, Estado, 2068, s.f.).

⁴⁵ Felipe IV a Leopoldo Guillermo, 2 de marzo de 1650 (AGR, Bruselas, SEG, 246, fol. 186).

⁴⁶ En los últimos decenios de la guerra de los Ochenta Años se habían producido situaciones similares, entre otros después de la toma de Breda en 1625 y de Schenckenschans en 1635. Véase R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, *passim*.

Sin embargo, en un principio y pensando que Madrid le dejaría hacer, Leopoldo Guillermo, con la ayuda del nuncio de París y del internuncio de Bruselas, se comprometió en serio para iniciar negociaciones de paz, entre otros con Gaston d'Orléans. En el curso de 1650 tanto el archiduque como Condé apuntaban a la apertura de un congreso de paz, pero Felipe IV, que no se fiaba de Gaston d'Orléans ni de su entorno, lo impidió. De haber un congreso de paz, habría que organizarlo en un lugar de los Pirineos, en la frontera entre ambos reinos, y dirigirlo directamente desde Madrid, sin pasar por Bruselas. Leopoldo Guillermo seguiría insistiendo en que era necesaria la paz, pero este deseo no se concretó sino en algunos ires y venires diplomáticos sin compromiso entre París y Bruselas⁴⁷. Se suponía que el gobernador general continuaba la guerra. Además, a partir de 1653 había pasado la oportunidad de firmar una paz relativamente favorable para España. Luis XIV y Mazarino ya no estaban interesados.

LEOPOLDO GUILLERMO Y LA POLÍTICA INTERIOR

El gobernador general era el máximo representante del soberano en los Países Bajos meridionales; actuaba como el sustituto permanente y apoderado del monarca y al menos en teoría tenía plenos poderes, es decir, conforme a la expresión tradicional en su carta de nombramiento, disponía de “*tout plein pouvoir, autorité, faculté et plainiere puissance*” para conformar su política. Pero la realidad era distinta, ya que además de su carta de nombramiento, el gobernador general también recibía instrucciones “particulares” y “secretas” en las que sus prerrogativas eran descritas en mayor detalle y, sobre todo, quedaban fuertemente limitadas⁴⁸. He aquí el primer medio utilizado por el soberano en Madrid para dirigir la actuación de su gobernador general en los Países Bajos. A pesar de que en un principio a Leopoldo Guillermo se le había brindado la perspectiva de que dispondría efectivamente de las competencias más amplias,

⁴⁷ J. LEFÈVRE: “Une tractation de l'Archiduc Léopold-Guillaume avec le duc d'Orléans en 1650”, *Bulletin de la Commission Royale d'Histoire* 101 (1936), pp. 107-135; J. LEFÈVRE, “Het slotbedrijf van het Spaanse Régime in de Zuidelijke Nederlanden, 1648-1700”, en *Algemene Geschiedenis der Nederlanden* VII, Utrecht-Amberes-Bruselas-Gante-Lovaina 1954, pp. 96-98.

⁴⁸ H. DE SCHEPPER y R. VERMEIR: “Gouverneur-Général...”, *op. cit.*, p. 194.

también recibió tales directrices a principios de 1648⁴⁹. Se trataba de una nueva versión de las instrucciones secretas de su predecesor, el cardenal-infante, que contenían una serie de limitaciones en cuanto a nombramientos para altos cargos administrativos y eclesiásticos. Es que el rey no gustaba de desprenderse de la competencia de los nombramientos para estos cargos, puesto que la atribución de tales funciones le permitía obligar a un número importante de personas. El patronato real era un medio importante para perpetuarse en el poder, lo que implicaba que si otra persona que no fuera el monarca podía atribuir de modo directo y autónomo los cargos más apetecibles, podía convertirse en un competidor temible del soberano.

Ya durante el gobierno general del cardenal-infante se puso de manifiesto que sus instrucciones contenían puntos ambiguos que dieron lugar a discusión. No pasó mucho tiempo sin que con Leopoldo Guillermo ocurriera lo mismo: el gobernador general, amante de su poder y libertad de actuación, dio una interpretación máxima al texto (diferente de la de Madrid), lo cual resultó en fricciones, por ejemplo acerca del nombramiento de un nuevo obispo en Brujas, Roermond e Ypres⁵⁰. Madrid terminó por ceder; aunque el Consejo de Estado lamentara que Leopoldo Guillermo se hubiera atribuido este derecho, aconsejó al rey que dejara correr las cosas y que permitiera que el archiduque se saliera con la suya⁵¹. En cuanto al derecho de nombramiento, Leopoldo Guillermo había ganado la partida.

Pero en el primer choque con Madrid, Leopoldo Guillermo no había salido tan airoso. Había que decidir quién sería el hombre fuerte al lado del gobernador general y obtendría la función condigna de *mayordomo mayor*. Este conflicto también tiene que interpretarse teniendo en cuenta el deseo del gobierno madrileño de controlar al gobernador general en Bruselas. Si las instrucciones limitadoras de las competencias eran un instrumento esencial para manejar al gobernador general, el nombramiento de los perros guardianes a su lado lo era aún más, si cabe. Antes de su llegada a los Países Bajos, el archiduque había

⁴⁹ Instrucciones particulares y secretas para Leopoldo Guillermo, 3 de marzo de 1648 (AGR, Bruselas, Papiers d'État et de l'Audience, 1225, fols. 102-104 y 110-111).

⁵⁰ J. BROUCKAERT: *Aartshertog Leopold-Willem: een focus op de eerste regeringsjaren in de Spaanse Nederlanden (1647-1652)*, tesina inédita, Universidad de Gante, Gante 2000, p. 63; Leopoldo Guillermo a Felipe IV, 30 de abril de 1650 (AGR, Bruselas, SEG, 246, fol. 361).

⁵¹ Consulta del Consejo de Estado, 2 de septiembre de 1650 (AGS, Estado, 2170, s.f.); Leopoldo Guillermo a Felipe IV, 14 de enero de 1653 (AGR, Bruselas, SEG, 254, fol. 19).

insistido fuertemente en que se nombrara a Johan Adolf, conde de Schwarzenberg, su mayordomo mayor y confidente absoluto, como mayordomo mayor de la corte de Bruselas. Por definición, Madrid no quería saber nada, tenía que ser a la fuerza un español nombrado por el rey, y además, el conde de Peñaranda —una autoridad en cuanto a los asuntos relativos al Sacro Imperio Romano— no hacía más que insinuar que el conde de Schwarzenberg era un hombre indigno de confianza y peligroso para los intereses de España⁵². Luego Schwarzenberg ni siquiera fue considerado y Felipe IV atribuyó el cargo a Alonso Pérez de Vivero, conde de Fuensaldaña. En 1634, éste había llegado a los Países Bajos en el séquito del cardenal-infante y había hecho carrera en el ejército: en 1640 ascendió a general de artillería y en 1644 ya era segundo en el mando de todo el ejército de Flandes⁵³, lo que lo convertía en el jefe militar ideal al lado de Leopoldo Guillermo. Colocando a Fuensaldaña como mayordomo mayor (luego peso pesado político) y general en jefe del ejército, Madrid pensaba haber tomado todas las medidas necesarias para poder corregir donde fuese necesario a Leopoldo Guillermo, que no era español.

Sea lo que fuera, la consecuencia inevitable de este arreglo era que de entrada Leopoldo Guillermo y Fuensaldaña se llevaron mal. Al archiduque le era difícil soportar que Fuensaldaña tuviera tanto poder —en 1654 Leopoldo Guillermo llegaría a observar que “quería ser el subordinado de un emperador o de un rey pero no de un Fuensaldaña”⁵⁴— mientras que parecía obligado a asumir un papel meramente ejecutivo y que no había casi aprecio por su confidente. En efecto, Schwarzenberg tuvo que contentarse con la función de gentilhombre de la cámara, aunque seguía siendo el hombre de confianza del archiduque. Ambos tomaron muchas decisiones políticas sobre una base informal, lo que causó muchas fricciones, descontento, hasta enemistad expresa entre los españoles en la cumbre del gobierno en Bruselas. La oposición contra Schwarzenberg, fomentada por Fuensaldaña y Peñaranda, llegó a su colmo en 1653; en el curso de aquel año Felipe IV se vio forzado a ordenar a Schwarzenberg que dejara los Países Bajos. Leopoldo Guillermo nunca se lo perdonaría a Fuensaldaña

⁵² Peñaranda a Felipe IV, 2 de marzo de 1649; H. LONCHAY, J. CUVÉLIER y J. LEFÈVRE (eds.): *Correspondance de la Cour d'Espagne sur les affaires des Pays-Bas au XVIIe siècle* (CCE), VI, Bruselas 1937, pp. 649-651.

⁵³ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, pp. 349-350.

⁵⁴ R. SCHREIBER: *Erzherzog Leopold Wilhelm...*, *op. cit.*, p. 148.

y a partir de entonces se dejaba decir con regularidad que estaría encantado de poder abandonar su cargo de gobernador general.

Sin embargo, el impacto directo y concreto de Leopoldo Guillermo, Schwarzenberg, Fuensaldaña y otros en la administración diaria de los Países Bajos meridionales era más bien limitado. El gobernador general y los ministros de origen español, italiano, austriaco y portugués iban y venían pero no solían tener mucha idea de cómo funcionaba Flandes a nivel administrativo, porque esto implicaba conocimientos acerca de la organización del estado, de la legislación, del derecho consuetudinario y de la economía señorial, materia de especialistas, de los legistas que poblaban las instituciones flamencas. Los tres Consejos Colaterales —el Consejo de Estado, el Consejo Privado y el Consejo de Finanzas— y los consejos provinciales como el Consejo de Brabante o el Consejo de Flandes podían funcionar con una autonomía relativamente amplia.

La figura clave de este sistema administrativo era el jefe-presidente del Consejo Privado, que era al mismo tiempo presidente del Consejo de Estado. Para el gobernador general, que dependía grandemente de él en cuanto a la información y la gestión efectiva de los asuntos administrativos, era sumamente importante que pudiera confiar ciegamente en el jefe-presidente, en otras palabras, que el jefe-presidente fuese leal a la persona del gobernador general.

En el momento en que Leopoldo Guillermo empezó su gobierno general, el jefe-presidente que manejaba todo el tinglado administrativo era Pierre Roose. Este jurista de Amberes había llegado al poder a principios de los años 1630, gracias al apoyo incondicional del entonces primer ministro de Felipe IV, el conde-duque de Olivares. Éste había conocido a Roose como un jurista competente, que pensaba y actuaba según las líneas del centralismo monárquico, enemigo jurado de la República, en suma, el hombre que Olivares necesitaba en los Países Bajos. Los primeros años de su cargo de jefe-presidente, Roose prestó unos servicios inestimables a Madrid, hasta tal punto que Felipe IV y Olivares tenían más confianza en él que en el gobernador general. Pero después siguió cada vez más su propio rumbo y tendió a considerar el gobierno del país como su coto vedado, lo que provocó conflictos con los gobernadores generales sucesivos y su entorno inmediato. Sin embargo, Felipe IV siguió dispensándole su protección, incluso cuando en 1643 Olivares desapareció del escenario político, probablemente porque no tenía a mano una alternativa para Roose ⁵⁵.

⁵⁵ R. VERMEIR: “Les limites de la monarchie composée. Pierre Roose, factotum du comte-duc d’Olivares aux Pays-Bas espagnols”, *Dix-septième siècle* 60 (2008), pp. 495-518.

En el inicio del gobierno general de Leopoldo Guillermo, las fricciones entre este y Roose solo tardaron unas semanas en aflorar; el hecho público que Roose era uno de los defensores del jansenismo algo tenía que ver ⁵⁶, aunque el carácter inflexible del jefe-presidente y su manera de actuar autocrática pesaron mucho más en la decisión de deshacerse de él que tomó Leopoldo Guillermo en el curso de 1648. Pidió al rey que llamara a Roose a Madrid bajo cualquier pretexto y, efectivamente, en el año 1649 el jefe-presidente fue invitado a la corte española para diseñar nuevas instrucciones para Leopoldo Guillermo ⁵⁷. Desde el momento en que el jefe-presidente hubo salido a España, Leopoldo Guillermo se apresuró a insistir a Felipe IV en que no lo dejara volver a los Países Bajos y que nombrara a un sucesor ⁵⁸. El archiduque llegó a añadir que si Roose volviera a asumir el cargo de jefe-presidente, se vería en la necesidad de deponer el gobierno general ⁵⁹. Durante un tiempo se entretuvo a Roose en la corte madrileña y solo en la primavera de 1653 se le permitió volver a Bruselas. Mientras tanto, Leopoldo Guillermo había recibido un poder para deponer al jefe-presidente si así lo deseaba ⁶⁰. Es evidente que no dudó en utilizarlo: apenas llegado a Bruselas, a Pierre Roose se le notificó que estaba dimitido y jubilado. Sus protestas virulentas no tuvieron ningún efecto: Leopoldo Guillermo impuso su voluntad y Madrid consideró el asunto concluido ⁶¹.

El archiduque ya tenía un sustituto: el ex protegido de Roose, Charles d'Hovynnes, en aquel momento consejero fiscal del Consejo Privado y miembro del Consejo de Estado. Ya el predecesor de Leopoldo Guillermo en el gobierno general, el marqués de Castel Rodrigo, había dicho de Hovynnes que “entre los togados este ministro de quien mas se vale para encaminar y disponer las materias del

⁵⁶ Cfr. *infra*.

⁵⁷ Véase por ejemplo Felipe IV a Roose, 8 de diciembre de 1648 (AGS, Estado, 2256, s.f.).

⁵⁸ Leopoldo Guillermo a Felipe IV, 11 de mayo de 1650 (AGR, Bruselas, SEG, 247, fol. 21).

⁵⁹ Consulta del Consejo de Estado, 4 de diciembre de 1650 (AGS, Estado, 2073, s.f.).

⁶⁰ Felipe IV a Leopoldo Guillermo, 20 de octubre de 1652 (AGR, Bruselas, SEG, 253, fol. 263).

⁶¹ R. DELPLANCHE: *Un légiste anversois au service de l'Espagne: Pierre Roose, chef-président du Conseil Privé des Pays-Bas, 1586-1673*, Bruselas 1945, pp. 159-163.

pais”, y por lo visto Leopoldo Guillermo compartía esta opinión ⁶². Ya en 1651 había sugerido el nombre de Hovynes como futuro jefe-presidente ⁶³ y algunos meses después del despido de Roose fue nombrado ⁶⁴.

LEOPOLDO GUILLERMO, ACTIVISTA CATÓLICO

Algunos autores pretenden que durante el gobierno general de Leopoldo Guillermo el palacio del Coudenberg de Bruselas se parecía bastante a un convento donde se rezaba sin cesar y todo ser viviente cantaba las alabanzas del Señor ⁶⁵. Probablemente se trata de una exageración, pero es cierto que el archiduque, que también era obispo de Passau, Estrasburgo y Halberstadt y arzobispo de Olomouc, estaba fuertemente penetrado por el pensamiento contrarreformista a la hora de cumplir su cargo, como había sido el caso de Alberto e Isabel a principios de siglo ⁶⁶.

Se conoce el estrecho vínculo entre los Habsburgos austriacos y la Compañía de Jesús. La Contrarreforma fuertemente propagada por la orden era uno de los pilares en los que descansaba la autoridad de la casa de Austria en el Sacro Imperio Romano. Generaciones de descendientes de los emperadores tuvieron una educación de católicos militantes por maestros jesuitas. El ejemplo más elocuente fue probablemente el padre de Leopoldo Guillermo, el emperador Fernando II ⁶⁷.

⁶² R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, pp. 315-316; Peñaranda a Felipe IV, 2 de marzo de 1649; CCE VI, p. 650.

⁶³ Leopoldo Guillermo a Felipe IV, 28 de junio de 1651 (AGR, Bruselas, SEG, 250, fol. 258).

⁶⁴ R. DELPLANCHE: *Un légiste anversois au service de l'Espagne...*, *op. cit.*, p. 162.

⁶⁵ A. WADDINGTON: *La République des Provinces-Unies...*, *op. cit.*, II, p. 115.

⁶⁶ L. DUERLOO: “«Pietas Albertina». Dynastieke vroomheid en herbouw van het vorstelijk gezag”, *Bijdragen en mededelingen betreffende de geschiedenis der Nederlanden* 112 (1997), pp. 1-18.

⁶⁷ Véase, por ejemplo, R. BIRELEY: *Religion and politics in the Age of the Counter-Reformation: Emperor Ferdinand II, William Lamormaini SJ, and the Formation of Imperial Policy*, Londres 1982.

Leopoldo Guillermo era igualmente un producto de los jesuitas y su influencia en su pensar y actuar seguiría siendo evidente a lo largo de su vida. Su confesor, el prominente jesuita vienés Jan Schega, fue considerado como uno de los miembros más influyentes de la corte de Bruselas, y la impronta de Schega en la política de Leopoldo Guillermo se evidenciaba entre otras cosas en la manera en que el gobernador general arremetió contra el jansenismo. Durante su gobierno general Leopoldo Guillermo solía confiar un papel a la orden en la organización de celebraciones públicas (por ejemplo su entrada triunfal en Amberes ⁶⁸), visitaba a menudo sus colegios y conventos ⁶⁹, y tuvo una clara preferencia por el teatro de los jesuitas ⁷⁰. El buen entendimiento entre la Compañía de Jesús y los gobernadores generales de Bruselas era tradicional, pero bajo Leopoldo Guillermo, evidentemente, las relaciones fueron más cordiales que nunca.

En su corte de Bruselas, los jesuitas desempeñarían un papel principal, sobre todo su confesor Jan Schega, que se desenvolvió de inmediato como el gran arquitecto de la lucha antijansenista. A nadie se le escapó que Leopoldo Guillermo daba oídos a su confesor; en marzo de 1649, por ejemplo, Peñaranda comunicó al rey que los jesuitas le insuflaban sentimientos de odio contra los jansenistas ⁷¹. Fuertemente influido por los jesuitas y sensible a la presión continua de parte del internuncio Bichi, no era de extrañar que en la cuestión del jansenismo Leopoldo Guillermo se puso expresamente de lado de los antijansenistas. Estaba decidido a extirpar la doctrina de raíz y por esto cumplió con entusiasmo el encargo de publicar por fin la bula *In Eminentí* (de 1643) que recibió de Felipe IV a mediados de 1647 ⁷². El gobernador general no solo encargó al Consejo Privado que publicara un edicto ordenando la publicación de la bula, sino además que se establecerían penas rigurosas (entre otras el destierro y multas) contra los contraventores de la bula, incluso si fuesen religiosos. Además,

⁶⁸ H. Vlieghe: "The Decorations for Archduke Leopold Wilhelms State entry into Antwerp", *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 39 (1976), pp. 190-198.

⁶⁹ Ch. Piot: "Réception de l'archiduc Léopold, gouverneur général des Pays-Bas, au collège des Jésuites d'Anvers, en 1648", *Bulletin de la Commission Royale d'Histoire* 4^{me} série - 3 (1875), pp. 343-354.

⁷⁰ R. Schreiber: *Erzherzog Leopold Wilhelm...*, *op. cit.*, pp. 182 y ss.

⁷¹ Peñaranda a Felipe IV, 2 de marzo de 1649; H. Lonchay, J. Cuvelier y J. Lefèvre (eds.): *Correspondance de la Cour d'Espagne*, *op. cit.*, VI, p. 652.

⁷² R. Vermeir: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, pp. 288-294 y 311-313.

todos los oficiales de justicia deberían emprender una búsqueda activa de publicaciones jansenistas a fin de embargarlas. El resultado fue la protesta unida del Consejo Privado, el Consejo y los Estados de Brabante, el arzobispo Boonen, el obispo Triest y muchos prelados más, además de una diputación de jansenistas a Roma. Finalmente el edicto en cuestión llegaría a publicarse (en 1651) en la forma y con las disposiciones añadidas exigidas en un principio por Leopoldo Guillermo, gracias al hecho de que el jefe-presidente Roose llevaba en Madrid desde 1649 y ya no podía bloquear la máquina administrativa. Para el archiduque así quedaba resuelto el problema de *In Eminentí*.

Pero la publicación de la bula no era ni mucho menos el único hecho de armas del archiduque en la lucha contra los jansenistas. Consiguió oponerse sistemáticamente contra el nombramiento de simpatizantes jansenistas en funciones administrativas y eclesiásticas, mientras que los antijansenistas reconocidos siempre podían contar con su apoyo. Resulta ilustrativa al respecto la intención de Leopoldo Guillermo de nombrar al antijansenista Willem van Engelen obispo de Ypres, que había sido la diócesis de Jansenio. La cátedra de teología que Jansenio había ocupado en la universidad de Lovaina fue confiada a Nicolas du Bois, antijansenista notorio. Por otro lado, Hendrik Calenus, uno de los partidarios de Jansenio, se vio privado del nombramiento de obispo de Roermond porque se negaba a jurar el juramento antijansenista. Cuando en 1644 los antijansenistas se enteraron de que podría ser nombrado obispo de Roermond, hicieron todo lo posible para impedirlo. Se concertaron con Roma y exigieron que Calenus prestara un juramento en el que se sometiese enteramente a la autoridad papal y por consiguiente se distanciase de las tesis recusadas de Jansenio acerca de la doctrina de San Agustín. Para su mayor sorpresa, Calenus no tuvo objeciones: se sometió y prestó el juramento. Los antijansenistas, encabezados por el internuncio Bichi, que querían evitar a toda costa el nombramiento, exigían que Calenus prestara un segundo juramento en que se condenaba a Jansenio y el jansenismo en términos más severos, más rigurosos incluso que los de *In Eminentí*. Calenus no quiso transigir con esto y renunció a su nombramiento. Con la autorización de Leopoldo Guillermo, ese segundo juramento se impondría a todo religioso que quisiera ser nombrado en una función eclesiástica. A pesar de muchas protestas, el juramento siguió siendo obligatorio hasta que a mediados de 1652, a consecuencia de las permanentes quejas, Felipe IV rogó a Leopoldo Guillermo que retirara esta obligación.

Y para terminar: el ejemplo probablemente más elocuente del celo antijansenista de Leopoldo Guillermo era su deseo de eliminar la lápida de Jansenio

de la catedral de Ypres; a finales de 1655, Leopoldo Guillermo encargó al alcalde de Ypres que hiciera lo necesario junto con el obispo ⁷³.

LA VUELTA A VIENA

El gobierno general en los Países Bajos de Leopoldo Guillermo terminó hacia mediados de mayo de 1656, cuando pudo dar la bienvenida a su sucesor, don Juan José de Austria, y emprender su vuelta al Sacro Imperio Romano. Probablemente fue para el archiduque todo un alivio poder abandonar por fin los Países Bajos meridionales, un lugar que uno de sus predecesores ya había descrito como “un purgatorio” ⁷⁴. Es seguro que hacía tiempo que quería deponer su cargo. “Ojalá pudiera irme de aquí”, se le había escapado ya en septiembre de 1654 ⁷⁵.

¿Cuáles fueron los factores que intervinieron en su dimisión? Evidentemente, la cuestión Schwarzenberg, que Leopoldo Guillermo nunca pudo admitir. Que su confidente fuera obligado a abandonar los Países Bajos no solo era una afrenta para Schwarzenberg, sino también para el propio archiduque. Además, Leopoldo Guillermo había dicho claramente a principios de 1653 que si Schwarzenberg tenía que desaparecer, dimitiría. Las promesas y buenas palabras del rey mantuvieron a Leopoldo Guillermo en Bruselas a pesar de la expulsión de Schwarzenberg ⁷⁶. Pero el incidente fue un momento crucial a partir del cual Leopoldo Guillermo repetía con frecuencia que consideraba dimitir. Entre el gobernador general por un lado y Fuensaldaña y los suyos por otro, las cosas nunca llegaron a arreglarse; la relación de trabajo entre Leopoldo Guillermo y sus consejeros y militares superiores seguiría sujeta a tensiones y conflictos continuos.

Pero el motivo más importante de la dimisión de Leopoldo Guillermo en 1656 era sin lugar a dudas la comprobación de que sería imposible terminar la guerra contra Francia de modo honroso para España, luego para el gobernador

⁷³ L. CEYSSENS: “L’abolissement de la première pierre tombale de Jansénius (1655-1656)”, *Jansenistica. Études relatives à l’histoire du jansénisme*, III, Malinas 1957, pp. 111-154.

⁷⁴ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, p. 64.

⁷⁵ Leopoldo Guillermo a Schwarzenberg, 14 de septiembre de 1654 (citado en R. SCHREIBER: *Erzherzog Leopold Wilhelm...*, *op. cit.*, p. 233).

⁷⁶ Felipe IV a Leopoldo Guillermo, 19 de marzo de 1653 (AGR, Bruselas, SEG, 254, fol. 168).

general en Bruselas. Leopoldo Guillermo sabía, y esto resulta abundantemente de sus numerosas quejas al propósito, que Madrid sencillamente no era capaz de proveer los medios económicos suficientes para hacer la guerra. En tales condiciones Leopoldo Guillermo no quería asumir más responsabilidades porque se veía venir que tendría que encajar aún más derrotas. Y no quería pasar a la historia como el hombre que perdió enteramente los Países Bajos para España. En 1655 había tenido bastante. El gobernador general mandó a un oficial del ejército de Flandes a Felipe IV con el mensaje de que por lo que a él tocaba, había dos opciones: o bien Madrid mandaba más dinero para la guerra y entonces Leopoldo Guillermo quería seguir asumiendo para un tiempo el gobierno general, o bien no mandaba más dinero y entonces el archiduque se vería forzado a pedir al rey que le diera licencia⁷⁷. Madrid comprendía que se trataba de un ultimátum pero no podía cumplir con las condiciones. Por consiguiente, Felipe IV consideraba que el gobierno general de Leopoldo Guillermo había terminado y el 4 de marzo de 1656 nombró a su hijo natural, don Juan José de Austria, como su sucesor⁷⁸.

El último problema que impedía la salida del archiduque, la satisfacción de sus numerosos acreedores en los Países Bajos, fue solucionado tras deliberaciones con Viena y Madrid. Era evidente que sería demasiado humillante que un miembro eminente de la casa de Austria fuese perseguido por impago de deudas atrasadas. Las cuentas fueron saldadas y Leopoldo Guillermo pudo abandonar los Países Bajos con el alma tranquila. A principios de julio de 1656 llegó a Viena⁷⁹.

⁷⁷ Leopoldo Guillermo a Felipe IV, v. gr. los de 26 de junio y 13 de noviembre de 1655 (AGR, Bruselas, SEG, 259, fol. 149 y SEG, 260, fol. 115).

⁷⁸ L. P. GACHARD: *Lettres écrites par les souverains des Pays-Bas aux états de ces provinces, depuis Philippe II jusqu'à François II (1559-1794)*, Bruselas-Leipzig 1851, p. 124

⁷⁹ R. SCHREIBER: *Erzherzog Leopold Wilhelm...*, *op. cit.*, pp. 230-233.